



HAL
open science

”El Caballero de El Dorado” de Germán Arciniegas.
Georges Lomné

► **To cite this version:**

Georges Lomné. ”El Caballero de El Dorado” de Germán Arciniegas.. Revista Aleph, Publicación literaria y de pensamiento, Manizales (Colombia), 1997, 101/102/103, pp.29-36. hal-01870823

HAL Id: hal-01870823

<https://hal.science/hal-01870823v1>

Submitted on 20 Sep 2018

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L’archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d’enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.



aleph



$$(a+b)^2 = a^2 + 2ab + b^2$$

98
aleph

97
4/11/11

Contenido

Décimas inéditas . /Manuel Mejía-Vallejo/	1
Noche de imposibles olvidos /Guillermo Botero G./	4
La morada invadida /Rubén Sierra-Mejía/	6
Biopolítica y desarrollo sostenible /Mario Calderón-Rivera/	11
Caracas en diez impresiones /Valentina Marulanda/	23
“El Caballero de El Dorado” de Germán Arciniegas /Georges Lomné/ Traducción del francés: Jorge Maldonado/	29
El peso de las palabras /Juan-Gustavo Cobo-Borda/	37
El Aleph /Luis-Eduardo Saavedra S./	41
Paradiso: un encuentro con la palabra poética /Rosa-María Londoño E./	45
Del mito y la metáfora: la poesía /Juan-Manuel Cuartas R./	51
Aproximación a la poesía de Jaime Sabines /Ricardo Cuéllar-Valencia/	55
Los mitos griegos en la práctica médica diaria /Oscar Jaramillo-Robledo/	67

Joaquín-Pablo Posada: poeta satírico y periodista combativo en tiempos de cambio <i>/Carlos-José Reyes-Posada/</i>	74
Los relatos infantiles <i>/Beatriz-Helena Robledo/</i>	96
Dos cuentos colombianos <i>/Enrique Moya/</i>	116
Escalera en la memoria <i>/Lia Master/</i>	120
Entrevista con el pintor Alipio Jaramillo <i>/Marta Fajardo de Rueda/</i>	124
NOTAS	
<i>/Sir Isaiah Berlin/ Nos escriben sobre Aleph No. 100 - 30 años/ “Albricias”; escribe: Guillermo Ceballos-Espinosa/ /Nueva novela de Manuel Mejía-Vallejo; escribe: Luis-Fernando Macías Z./ /F. Charry-Lara, el maestro fraterno; escribe: Héctor Rojas-Herazo/ Alvaro Mutis, en Zacatecas/</i>	128
Patronato de la <i>Fundación Aleph</i>	138
Mensaje de Belisario Betancur	138
Colaboradores	139

«El Caballero de El Dorado» de Germán Arciniegas

Georges Lomné

Traducción del francés: Jorge Maldonado

Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada, o Quesada, que en esto hay alguna diferencia en los autores que en este caso escriben; aunque por conjeturas verosímiles se llamaba Quejana. Pero esto importa poco a nuestro cuento: basta que en la narración de él no se salga un punto de la verdad.

«Puesto nombre, y tan a gusto a su caballo, quiso ponérsele a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar «Don Quijote»; de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores de esta tan verdadera historia que, sin duda, se debía de llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir»: El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, Miguel de Cervantes.

«En verdad los grandes hombres dejan una huella profunda en el país que crean o transforman. Richelieu y Bonaparte están presentes en Francia todavía; ¿por qué no lo habría de estar Quesada en Colombia?: André Maurois, Journal d'un tour en Amérique Latine

G. Arciniegas. *Le Chevalier d'El Dorado*. Traduit par Georges Lomné. Éditions Espaces 34, Montpellier, 1995, France; pp. 7-18.

1938... Nacido con el siglo, Germán Arciniegas se acerca a la cuarentena. Asume la dirección del periódico más influyente de Colombia, el diario liberal *El Tiempo*. No dudará, sin embargo, en abandonar sus funciones demasiado tensionantes para su gusto, y alejarse de la arena política bogotana. Partirá casi de

inmediato para California antes de aceptar, ocho meses más tarde, un puesto diplomático en Buenos Aires.

La pequeña artesanía que tiene en sus manos es de las llamadas en Colombia, caballitos de Ráquira. La memoria indígena de una antigua epopeya se inscribe en esta arcilla. Aquella de los alazanes andaluces que cuatro siglos antes pisaron los altiplanos andinos de Cundinamarca, de la brida de barbudos hombres en busca de una región fabulosa. En un primer rango entre ellos sobresale un gentilhomme cordobés, tan hábil en el manejo de la espada como en el de la pluma: don Gonzalo Jiménez de Quesada, «El Caballero de El Dorado».

La invitación que nos propone Germán Arciniegas adquiere entonces todo su sentido: «Si un día tienen la oportunidad, que les deseo, de montar en la imaginación los caballitos de porcelana de Ráquira, esos caballitos que nacieron de la soledad de los indios, de la total intimidad que sostenían con su alma, les aseguro que no sólo harán también un viaje al reino interior de los Chibchas, que todavía existe, sino que harán un viaje a su propio mundo interior»¹. Si se quiere admitir que El Dorado comparte la topografía de nuestros sueños, don Quijote, «el caballero de la triste figura», aparece entonces como la sombra reflejada -o cuan desmesurada- de su antecesor don Gonzalo.

Zweig y la utopía americana

Stefan Zweig, quien siempre dio en su obra un lugar privilegiado a los personajes históricos de excepción, no tardaría en apasionarse por esta filiación que le fue revelada por Germán Arciniegas a finales del mes de octubre de 1940 cuando el escritor austríaco, saliendo de su retiro brasileño, efectuó un viaje triunfal de tres semanas por Argentina. El encuentro de estos dos hombres se produjo en Buenos Aires con ocasión de la primera conferencia pública dictada por Zweig². Arciniegas se le presentó a sabiendas de que el maestro austríaco no había ahorrado elogios sobre *Los Comuneros* que había leído en su texto español en el paquebote Argentina, en la travesía entre Nueva York y Rio, en agosto de 1940. Dos encuentros se sucedieron después. El escritor colombiano los relató en estos términos: «El día siguiente lo visité en su hotel y le entregué un ejemplar de mi *Jiménez de Quesada*. Lo invité a almorzar a mi casa donde llegó tres días más tarde, muy puntualmente, y me dijo que había terminado la lectura. No se trataba de palabras vanas. El libro estaba lleno de anotaciones hasta la última página y me dijo sin rodeos: había tenido la intención de ofrecerle mis buenos oficios para hacer traducir al inglés *Los Comuneros*, pero he cambiado de parecer. El que conviene traducir es su *Jiménez de Quesada*. Debería, por lo tanto, cambiarle de título porque el nombre del Conquistador de la Nueva Granada se desconoce fuera del continente sudamericano.

¹ Germán Arciniegas. "Los caballitos de Ráquira", en: *América, tierra firme y otros ensayos*. Biblioteca Ayacucho, Caracas 1990, p. 66

² Germán Arciniegas. "Recuerdos de Stefan Zweig", en: *El Tiempo*, Bogotá, 14 de junio de 1993.

Después de algunas discusiones me aconsejó el nombre de «*El Caballero de El Dorado*», sugerencia que acepté y así quedó bautizado el libro»³.

Arciniegas confió sus impresiones a su amigo Eduardo Santos, Presidente de la República de Colombia. Zweig tenía, en su opinión, cualidades notables: «generosidad y grandeza de alma», «rectitud poco común» y una «manera de ser llena de encanto»⁴. Era evidente que la simpatía entre los dos hombres fue espontánea y recíproca. Los hechos lo confirman, no otra cosa significa el interés inmediato de Zweig para convencer a Ben Huebsch, su editor neoyorquino, de publicar en inglés *El Caballero de El Dorado*. La editorial Viking Press aceptó la opinión del escritor austríaco. Por consejo de Nelson Rockefeller, en ese entonces director de la Oficina de Asuntos Interamericanos, se le confió a Mildred Adams, que ya había traducido a García Lorca, el cuidado de realizar la versión inglesa. El libro apareció en enero de 1942 con el título de *The Knighth of El Dorado* y John Erskin le aseguró el éxito gracias a un brillante comentario que publicó en la prensa dominical de Nueva York. Arciniegas tuvo la oportunidad de asistir al lanzamiento del libro en los EE.UU. Había decidido, en efecto, desde el mes de octubre anterior que en diciembre iría a Nueva York en vísperas de la conferencia de La Habana a la cual lo enviaba el presidente Santos como representante de las letras colombianas⁵. En Nueva York se encontró con Ben Huebsch quien le comunicó sus inquietudes respecto a Zweig. Se había lanzado a redactar simultáneamente varias obras en un frenesí sospechoso, síntoma cierto de un malestar interior⁶. A su regreso a Bogotá, el presidente Santos le informó, para su sorpresa, que había sido nombrado ministro de Educación en el gabinete que acababa de conformar⁷. Era el final del ambiente exultante de Buenos Aires, de sus conversaciones con Victoria Ocampo y Ortega y Gasset. Arciniegas relata: «Mi entrevista con el presidente tuvo lugar en la mañana y alrededor del mediodía escribí una carta a Zweig invitándolo a venir a Colombia. La respuesta de Zweig agradeciendo y declinando la invitación me llegó ocho días después de su muerte»⁸.

Es emocionante leer en la pluma de Ernst Feder que las últimas palabras de Zweig se refirieron a esta correspondencia: «Era casi la media noche cuando nos acompañaron hasta la casa. Yo caminaba adelante con Zweig. El amigo colombiano de quien me había mostrado un libro sobre América del Sur acababa de ser nombrado ministro de Educación. En la respuesta a su carta de felicitaciones lo invitaba a Bogotá. «Debería usted ir, le dije, y como nuestras esposas nos alcanzaban le dije a Lotte: «Acabamos de organizar una expedición conjunta a Colombia. ¿Vendrás con

³ Ibid.

⁴ De Arciniegas a Santos, 6.XI.1940, Biblioteca Nacional de Colombia (BNC): Fondo Arciniegas, manuscrito No.585, folio 175.

⁵ De Arciniegas a Santos, 31.X.1941, BNC, *Ibid*, folio 173.

⁶ Germán Arciniegas, “La muerte de Zweig”, en: *El Tiempo*, Bogotá, junio de 1993.

⁷ Decreto No.35 del 13 de enero de 1942.

⁸ Germán Arciniegas, “La muerte de Zweig”, en *Op. Cit*.

nosotros?» Para mi mujer un viaje así en tiempos de guerra no dejaba de tener sus peligros. Lotte contestó que su viaje a América no era de placer. «Yo no haré este viaje...», dijo Zweig⁹. En el recuerdo sería inútil imaginar de otra manera el destino de un hombre que no temía afirmar: «Esta época, que es también la época de mi vida, está absolutamente terminada y se ha vuelto histórica e historia con esta segunda guerra mundial»¹⁰. Por un momento, la América latina le había ofrecido a Zweig la posibilidad de poner su esperanza en otra humanidad. Brasil que había descubierto por primera vez en 1936, lo había fascinado desde el comienzo: «Aquí el hombre no está separado del hombre por absurdas teorías de sangre, de cuna, de origen. Aquí se tienen presentimientos maravillosos, aún se puede vivir en paz, aquí el espacio, por cuyas mínimas parcelas se baten los estados europeos y sus políticos se lamentan, está listo para el futuro en extensiones inconmensurables... He dado una mirada al porvenir, los ojos llenos de felicidad al contemplar las mil hermosuras de esta nueva naturaleza»¹¹. *Brasilien, ein land der Zukunft (Le Brésil, terre d'avenir)*, obra terminada en febrero de 1941 en una habitación del hotel Taft, en New Haven, es ya un testimonio. Las investigaciones sobre la vida de Américo Vespucci a las que se entregó casi de inmediato en la Biblioteca de la Universidad de Yale van también a aproximarse a la utopía americana que le sirve de pretexto para evitar pensar en Europa, el «Mundo de ayer». Zweig no podía desconocer la obra de Jacobo Wassermann, *Cristóbal Colón, Quijote del Océano*, editada en español en Buenos Aires, en 1938. Admiraba este autor cuyo bello libro *Das Gold von Caxamalca* presentado por Thomas Mann como el relato más bello del siglo en lengua alemana. No podía desconocer tampoco el ensayo escrito por este último en su viaje a New York en el vapor Volendam: *Travesía con don Quijote*. Estas obras le suministraron el tema para una meditación sobre la imagen reflexiva del caballero errante que bien pudiera ser el héroe simbólico de los intelectuales escapados del nazismo.

Colombia, «república de Cervantes»

Jiménez de Quesada fue escrito en Bogotá en 1937 como homenaje a la ciudad en el cuarto centenario de su fundación. Las primeras anotaciones del libro se remontan a los años treinta, época en que Arciniegas ocupaba en Londres el cargo de Vicecónsul de Colombia. Es en esta época cuando concibe el proyecto de una biografía del Conquistador. Es de presumir, por lo demás, que el encuentro con Robert Bontive Cunningham Graham no fue extraño a esta decisión: «Recuerdo haber sido invitado a un banquete ofrecido en su honor, en Londres, con motivo de una conmemoración cuyo objeto se me escapa ahora. Tuve la impresión, entonces, que todos los invitados latinoamericanos se comportaban como ingleses. Ninguna

⁹ Ernst Feder, *Books Abroad*, vol. 17, No.1 (enero de 1943). En: Donald Prater, *Stefan Zweig*, La Table Ronde, Paris 1988, p.337.

¹⁰ De Zweig a Arciniegas, 22 de enero de 1942, en BNC: Fondo Pineda, Manuscritos, documento No.2223, folio 10.

¹¹ Stefan Zweig, *Le monde d'hier*, Paris, Belfond, 1982, p.462.

gesticulación. Todos mostraban maneras bien aristocráticas a tal punto que el único que agitaba las manos y hacía pensar en don Quijote era Cunningham Graham. Se parecía a don Quijote, flaco y de largos bigotes blancos»¹². El escritor inglés era autor ya de una obra notable sobre la conquista de la Nueva Granada y de un estudio sobre Jiménez de Quesada¹³ que Arciniegas consideraba la mejor publicada hasta el momento. Es evidente que Arciniegas ha sabido recoger su experiencia londinense: «El inglés se interesa en los hechos; la teoría le importa poco, tiene una gran necesidad de reunir inmensa cantidad de datos antes de aventurarse tímidamente a formular una teoría. Esto me impresiona en gran medida. Mi estadía en Londres me acostumbró a darle más crédito a los hechos que a las puras representaciones de la simple imaginación»¹⁴. Los hechos que enfilaban en favor de una filiación de don Quijote con don Gonzalo Jiménez de Quesada se le presentaban cada vez con mayor nitidez en las conferencias que sirvieron de banco de ensayo para los diferentes capítulos de la obra¹⁵ que constituye por su coherencia y significación una hipótesis interesante.

Diez años más tarde, en octubre de 1941, hizo ante un periodista argentino que lo entrevistaba, un resumen de la obra: «Es indudable que Cervantes se inspiró en la vida del licenciado Jiménez de Quesada para escribir su Don Quijote. Conocía bien su vida cuyos detalles le fueron revelados por su entorno familiar. Catalina Salazar, esposa de Cervantes, estaba emparentada con Jiménez de Quesada. Cervantes regresó de Argel el mismo año en que murió don Gonzalo y como consecuencia de su matrimonio con Catalina se unió a las actividades que emprendió la familia ante la Corte con el propósito de recuperar la herencia del Conquistador. Con este fin debió informarse a fondo sobre la vida del Licenciado. Existen similitudes notables entre la vida de éste y el héroe de Cervantes. Los dos emprendieron sus aventuras en tres ocasiones diferentes. La defensa de los galeotes que hace don Quijote es de una factura idéntica a la intercesión que hace don Gonzalo en favor de los indios. Como don Alonso Quijano, o Quijada o Quesada don Gonzalo también se declara sano de espíritu. Designa al cura y al hombre de leyes como ejecutores testamentarios. Y aún más. En la vida de Quesada se proyecta la sombra de un hijo considerado loco que su propio padre deja en la penumbra tal vez porque este único vástago revela más de ilegalidad que de locura. En definitiva, este hijo que nace y vive a la sombra se llamó Alonso Quijano, o Quijada o Quesada. Fue descubierto por Cervantes, su contemporáneo y pariente lejano. Pasó a la inmortalidad bajo el nombre de don Quijote»¹⁶. Esto explicaría el porqué la primera edición de la obra, casi en

¹² Antonio Cagua-Prada, *Germán Arciniegas. Su vida contada por él mismo*, Instituto Colombiano de Estudios Latinoamericanos y del Caribe, Bogotá 1990, p.185.

¹³ Robert B. Cunningham Graham, *Cartagena y los bancos del Sinú, La conquista de la Nueva Granada y The conquest of New Granada. Being the life of Gonzalo Jiménez de Quesada*, London 1922.

¹⁴ Antonio Cagua-Prada, *Op. Cit.*, p.192.

¹⁵ Entrevista con el autor, Bogotá, 13 de agosto de 1993.

¹⁶ Entrevista con Andrés Muñoz, *Mundo argentino*, Buenos Aires, 22 de octubre de 1941, reproducida en: Juan-Gustavo Cobo-Borda, *Arciniegas de cuerpo entero*, Planeta, Bogotá 1987, p.32.

su totalidad, fuese enviada directamente a las Indias en 1605. Cien ejemplares, en particular, fueron destinados a Cartagena de Indias, ciudad querida entre todas por Cervantes hasta el punto que deseó ocupar allí un puesto de controlador de galeras, en 1590, en la época en que era gobernador de la ciudad su compañero de armas de Lepanto: don Pedro de Acuña¹⁷.

La quintaesencia de la filosofía de don Quijote se encuentra, seguramente, en el precepto que el caballero enuncia a su escudero: «La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los Cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres.(...) Venturoso aquel a quien el Cielo dio un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecerlo a otro que al mismo cielo!» (2a. parte; cap. LVIII). Esta pasión por la libertad, era en fin de cuentas, la de Quesada. Tres siglos después será la de Simón Bolívar el «caballero de la gloria y de la libertad» como lo llamara Emil Ludwig. Miguel de Unamuno pone de relieve, justamente, el carácter quijotesco de la gesta del Libertador. Uno y otro llevan su locura aventurera hasta un desespero de amor; Bolívar halló en Napoleón su Amadís; los dos se hundieron en la desilusión. Bolívar, abandonado por el pueblo que había libertado, dedicó sus últimos momentos de lucidez a leer uno de los libros que el marqués don Joaquín de Mier había dejado a su disposición en la hacienda de San Pedro Alejandrino: Don Quijote. ¿Talvez meditó entonces en el episodio en el que don Quijote se hace apedrear y despojar de los galeotes que acaba de liberar? (1a. parte; cap. XXII). Esto explicaría la exclamación del Libertador a la hora de su muerte: «¡Los tres majaderos más grandes de la historia han sido Jesucristo, don Quijote y yo!» El paralelo con Jiménez de Quesada es evidente. A raíz del movimiento de Independencia, la leyenda negra forjada por los patriotas neogranadinos, entonces en guerra contra la monarquía española, la emprendió contra Pizarro -conquistador antítesis del Libertador- pero no dijo nada contra don Gonzalo. ¿Colombia merecería, con mayor razón que cualquier otra, el calificativo de «república de Cervantes» que propuso Uslar Pietri, el escritor venezolano, para toda la nación latinoamericana?

«La buena historia tiene sabor de novela» (G. Arciniegas)

En 1946, con motivo de su nominación a la Academia Colombiana de Historia, Germán Arciniegas se mostró perplejo por la escogencia de su persona para suceder a Jesús María Henao, el decano de la historia patria de comienzos del siglo: «Como historiador he experimentado alguna inclinación por una cierta manera de mirar la historia que podría considerarse poco cuidadosa de los cánones académicos»¹⁸.

¹⁷ Ernesto Giménez-Caballero, “Colombia ensueño de Cervantes”, en: *Al encuentro de la cultura hispanoamericana*, Banco de la República, Bogotá 1985, pp.128-129.

¹⁸ “La novela y la historia”, en: Germán Arciniegas, *Con América nace la nueva historia. Textos escogidos*, selección y prólogo de Juan-Gustavo Cobo-Borda, Tercer Mundo Editores, Bogotá 1990, p.25.

¿No sería similar el caso de Michelet llamado a remplazar a Lavisse?. Su discurso de investidura en la Academia fue una notable defensa de la rehabilitación de un estilo de escritura histórica en el que la poesía no estaría prohibida en nombre de un positivismo severo: «El novelista crea personajes» mientras que el «historiador los re-crea».¹⁹ Y agrega: «De esta manera el historiador penetra en el terreno de la imaginación, o de la simulación si se prefiere, del novelista. Pero de la imaginación mejor lograda, es decir, no para inventar mentiras sino para aproximarse más de cerca a la verdad y mirarla desnuda, al descubierto. Para hacer renacer la vida es preciso un esfuerzo de imaginación»²⁰.

Esta concepción participa del espíritu de los tiempos. Los años anteriores a la guerra fueron la edad de oro de la biografía literaria y de las novelas históricas. A excepción de André Maurois, las primeras figuras eran escritores de lengua alemana. Piénsese si no, entre otros, en Leon Feuchtwanger, Heinrich Mann, Bruno Franck o Emil Ludwig. Pero el de mayor prestigio entre ellos es precisamente Stephan Zweig a quien el género de la biografía novelada dejaba libre campo a la posibilidad de una simbiosis con el personaje histórico que describía²¹.

Sin embargo, esta sublimación del héroe la rechaza rotundamente Arciniegas. Y esto en nombre de la excepción americana: «Este continente está hecho de paisajes y de hombres que toman su grandeza de su alma más que sus gestos»²². De allí la inclinación de Arciniegas a dar la palabra a actores impersonales de su historia: la ciudad, el río, la alfarería, el asno, y por escribir una historia del hombre común, se trate de la peonada española, o de las multitudes indígenas. En diciembre de 1940, en vísperas de su encuentro con Zweig, se expresa en un manifiesto titulado *Defensa de la historia vulgar*, publicado en la revista *Sur* de Victoria Ocampo, de esta forma: «Hoy día, el problema esencial de la historia consiste en buscar los otros pormenores que han dejado intactos los narradores de vidas heroicas para alcanzar el plano miserable donde se mueven las gentes del común (...) Yo diría que hasta ahora se ha escrito la historia política de los pueblos, no su historia natural (...) Quesada, como Belalcázar, emerge en el mundo cuando se levanta con su tropa; Balboa cuando salta del barril en el que ha viajado escondido y surge de improviso ante quienes serán «sus» soldados; Pizarro cuando hizo refulgir la chispa de su ambición en Panamá. Todos ellos deben considerarse hijos de América y gentes salidas del pueblo»²³. Actitud esta que ya se afirmaba en la *Revista de las Indias* que Arciniegas dirigía desde diciembre de 1938, y en el suplemento literario del diario liberal *El Tiempo*, y que poco después se la calificaría de «nacionalismo literario». De hecho, se trataba de glorificar tanto la americanidad como la democracia.

¹⁹ *Ibid.*, p.31.

²⁰ *Ibid.*, p.34.

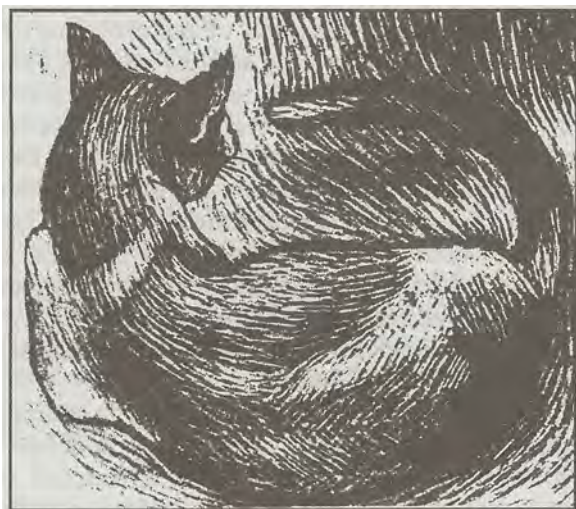
²¹ Jean-Michelet Palmier, “Les heures étoilées de l’humanité”, en: *Magazin Littéraire*, No.245: Stefan Zweig, le chasseur d’âmes, septembre 1987, p.37.

²² Germán Arciniegas, “La novela y la historia”, *Op. Cit.*, p.47.

²³ Germán Arciniegas, “Defensa de la historia vulgar”, en: *Sur*, Buenos Aires, No.75, diciembre de 1940. Reproducida en: *Con América nace la nueva historia*, *Op. Cit.*, pp.48-53.

A Germán Arciniegas le gusta decir que es ilusorio pensar que él ha escrito una cincuentena de obras: «Sólo he escrito una, que sigue inacabada... Lo cierto es que el protagonista de esta comedia humana es América»²⁴. Una América que se complace en definir como «ladina» y no «latina»²⁵. Su mayor interrogante no es la de medir qué tiene América de específico con relación a los modelos de pensamiento y de acción de la metrópoli nutricia, Europa, y ¿qué ha podido, a su vez, devolverle?. De esa dialéctica de los dos continentes Germán Arciniegas ha explorado ya la vertiente de «América en Europa». Se dedica luego a estudiar la otra, la de Europa en América.

En una entrevista que tuvo la amabilidad de concedernos en agosto de 1993, nos decía que a pesar del avance inexorable de su ceguera, le parecía ver con una precisión acentuada el sentido real de la historia americana. Agregaba con su legendario sentido del humor, que no se lo podría acusar más de escribir la historia de América sin haber visto los archivos...



²⁴ Germán Arciniegas, “El mundo es una escuela” (1986), en: Juan-Gustavo Cobo-Borda, *Op. Cit.*, p.428.

²⁵ Germán Arciniegas, “El ensayo en nuestra América”, en: *Cuadernos*, No.19, París, julio-agosto de 1956, p.125.